

LA CIUDAD DE MÉXICO, LOS PARADIGMAS DE DOS FUNDACIONES

José Rubén ROMERO GALVÁN

En agosto de 1521, después de varios meses de sitio, México Tenochtitlan, fundada, según apuntan la mayoría de las fuentes, hacia 1325, se rindió ante las huestes del conquistador. Fue el episodio más doloroso que jamás pensaron vivir los habitantes de esa ciudad, hasta entonces capital de un gran imperio. A raíz de tal acontecimiento, la antigua urbe mexica se transformó hasta convertirse en una ciudad, con toda la significación que este término tiene para la cultura de Occidente y, además, capital del virreinato que muy pronto se llamó Nueva España.

Si en 1325 los mexicas tenochcas fundaron la primitiva ciudad, a partir de 1521 se dio un proceso que significó una nueva fundación. Las realidades en las que sendos hechos acontecieron eran muy distintas, y a cada una de ellas correspondía una concepción diferente del mundo.

Este artículo es un acercamiento a los paradigmas vinculados con sendos actos fundacionales de la ciudad de México a los que se acaba de hacer referencia. El lector encontrará aquí una propuesta de la significación con la que se dotó a cada una de ellas. Se trata, por lo tanto, más que de una historia que aborde la sucesión de acontecimientos ocurridos en torno a hechos trascendentes, de una búsqueda, en testimonios de diferente origen, de aquellos elementos que al sustentar ambas fundaciones, dieron, tanto a la antigua ciudad tenochca, como a aquella que fundaron los españoles, una profunda razón de ser.

Para explicar la fundación de Tenochtitlan ha sido necesario buscar elementos paradigmáticos a lo largo de la historia del pueblo de Huitzilopochtli, desde su origen en Aztlan Chicomoztoc, hasta la época de su esplendor. La ciudad colonial ofrece un panorama distinto, pues su fundación sobre el antiguo emplazamiento de la ciudad tenochca obedeció, en primera instancia, a razones de orden tanto estratégico como político e incluso religioso. Los paradigmas en este caso se vinculan más que con el acto de fundar, con un proceso de lectura y, por ende, de apropiación del espacio, a través del cual se pretendió dotar a la nueva urbe de una serie de características que le dieran una peculiar significación.

Estamos pues ante dos momentos diferentes de las historias de fundación que comparten muchas ciudades antiguas. Uno de estos momentos es aquél que corresponde al tiempo en que el proceso de fundación está totalmente concluido, por eso nos presenta una historia fundacional fraguada, bien terminada, asumida por los habitantes de la ciudad, quienes la han hecho parte de su visión espacial, de sus procesos ideológicos. Sería el caso de Tenochtitlan. El otro corresponde sólo a un eslabón en el proceso fundacional. La ciudad ha sido ya fundada y se busca una significación más allá de lo humano que pueda dotar de un sentido a tal acto. Sólo que en este caso, en el de la ciudad novohispana, la lectura del espacio con la que se le quiso dotar de ninguna manera llegó a figurar, hasta donde se sabe, como elemento ideológico compartido por los habitantes de la urbe. Sería la gran diferencia respecto de la ciudad de los mexicas.

MÉXICO TENOCHTITLAN

Los testimonios de los cronistas y los hallazgos arqueológicos dan cuenta de la magníficas características de México Tenochtitlan. Era sin duda una ciudad inmensamente rica y poderosa. Sin embargo, hasta donde hemos logrado saber, esta urbe no fue una ciudad más en el contexto mesoamericano. Pues no sólo se trataba de la capital de un gran imperio, como se le ha llamado, sino de un sitio que sus habitantes reconocían como cargado de una profunda significación.

La capital mexicana era considerada por sus residentes como el *axis mundi*, el centro del universo. En sus orígenes se entrelazaban la historia y los mitos, lo real y lo ideal, dando sustento a una ciudad que había comenzado a existir mucho antes que tuviera un sitio sobre la tierra, como había ocurrido en los casos de Roma o Jerusalén, cuyos inicios se situaban en épocas anteriores al establecimiento de sus pueblos en los lugares en los que florecieron.

Los orígenes

Todas las fuentes coinciden en señalar a Aztlan como el lugar de origen de los mexicas tenochcas. Aztlan es una voz náhuatl cuyo significado es oscuro. Está formada por una radical, *az*, y un sufijo locativo abundancial, *tlan*. De donde significaría el sitio donde abunda aquello a lo que se refiere el sustantivo cuya radical entra en composición para formar el término. El problema es que *az* sólo puede ser la radical de

aztli y este término no existe en la lengua náhuatl; luego no podemos acceder por esta simple vía etimológica al significado del nombre de la ciudad de la que provenían los mexicas.

Hernando Alvarado Tezozómoc, cronista indígena cuyo conocimiento de la lengua náhuatl es incuestionable, en su *Crónica mexicana* dice que a esta ciudad la “llamaban Aztlan, que es decir asiento de la garza (o abundancia de ellas)”.¹ Con esto el autor da por hecho que la radical *az* es garza; sin embargo, en náhuatl a esta ave se le designaba con el término *aztatl*, de donde el sitio debía llamarse *Aztatlan* y no *Aztlan*. Bien se ve que por esta vía tampoco es posible acceder a alguna conclusión. Empero, si hacemos caso a Tezozómoc, confiando en su dominio de la lengua y sobre todo en el conocimiento que poseía de las antiguas tradiciones, debemos de aceptar la posibilidad de que este locativo signifique “lugar donde abundan las garzas”.

Otra fuente, muy cercana a la obra de Tezozómoc que hemos citado, la *Historia de las Indias de Nueva España*, de fray Diego Durán, al referirse a la misma etimología, dice que también significa el “lugar de la blancura”,² dado el color característico de las garzas. Con ello se obtiene un elemento interesante vinculado con el lugar de origen de los mexicas: la blancura.

En códices pictográficos y crónicas escritas, tanto en náhuatl como en español, es posible encontrar otros elementos relacionados con Aztlan y que atañen al aspecto material que ofrecía la ciudad. Se nos dice que esta urbe se encontraba en una isla. La primera escena de la *Tira de la peregrinación*, nos presenta un lago en medio del cual se halla una isla. En ella se elevan algunas construcciones. Destaca en el centro un templo, sobre el que hay un personaje, posiblemente una divinidad, que lleva una flor en la mano. En torno a este templo están ordenadas seis casas, que no solamente significan que el sitio estaba poblado, sino que estaba organizado en diferentes *calpulli*, que literalmente quiere decir “casa grande”. Cabe recordar que el *calpulli* era una célula social importantísima en el Altiplano mesoamericano. De que se trata de *calpulli*, no hay duda, pues varios autores, entre ellos Chimalpahin y el mismo Tezozómoc así lo dejan ver en sus crónicas.³ Asimismo, sabemos, también por estos dos cronistas, que en Aztlan había un gobierno presidido por un *tlahtoani*, esto es por una figura política con poder

¹ Tezozómoc, *Crónica mexicana*, capítulo I.

² Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, v. II, cap. III.

³ Chimalpahin, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice de Víctor M. Castillo, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 25; Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, traducción directa del náhuatl por Adrián León, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1975, p. 13.

legítimo. Queda claro con estos elementos que Aztlan según la describieron los mexicas era una ciudad plenamente mesoamericana.

Entre los habitantes de esta ciudad, en calidad de sujetos, se contaba un grupo que tenía como dios tutelar a Huitzilopochtli. Sabemos por Cristóbal del Castillo que las condiciones de sometimiento y pobreza en las que vivían estos hombres eran ciertamente extremas, pues quienes gobernaban la ciudad los sometían a una explotación inmisericorde.⁴

En esas circunstancias de pobreza y sujeción, Huitzilopochtli habló para ordenarles que abandonaran la ciudad, que siguieran sus indicaciones, que él los llevaría hasta un sitio en el que fundarían una nueva ciudad donde ellos serían señores y desde donde gobernarían a muchos pueblos de la tierra; una ciudad rica y poderosa a la que llegarían tributos muy variados y en gran cantidad.

Obedecer a la deidad significaba para ellos no solamente sacudirse el pesado yugo de los señores de Aztlan, sino la seguridad, porque así lo prometía su dios, de fundar una ciudad, de ser señores, de obtener riquezas y poder. Con estas expectativas México Tenochtitlan comenzó a existir en la mente de los mexicas aún antes de que su fundación ocurriera, como Roma o Jerusalén existieron también en la mente de quienes las fundaron antes de que realmente tuvieran un sitio en la tierra.

La migración

Abordar la migración mexica ofrece varias posibilidades. Aquí atenderemos a una según la cual es posible seguir una secuencia de elementos paradigmáticos que más tarde nos permitirán entender la fundación de México-Tenochtitlan con la significación profunda que los mismos mexicas le concedieron. Así, haremos alusión sólo a algunos de los sitios por los que pasaron y que, no sin razón, son aquellos que en las fuentes aparecen tratados con mayor detenimiento.

Cuando los mexicas llegaron a tierra firme, según Chimalpahin,⁵ después de pasar por Qinehuayan Chicomoztoc, pasaron por Teoculhuacan, el auténtico Culhuacan, sitio que en la *Tira de la peregrinación* aparece como la primera parada de la migración. Esta referencia a un Culhuacan auténtico no es de desecharse, pues cobrará después alguna significación.

⁴ Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la Conquista*, traducción y estudio introductorio de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, p. 115-117.

⁵ Chimalpahin, *Memorial breve...*, p. 37.

Hasta aquí contamos ya con algunos elementos cuya importancia descubriremos a lo largo de la migración: el lago, la isla, la blanca, una promesa y el paso por una ciudad llamada el auténtico o el antiguo Culhuacan.

Los mexicas llegaron a Pátzcuaro, en la región de los pescados, Michoacán. Allí encontraron un lago en cuyo centro, aunque las crónicas no lo mencionen, sabemos que existe una isla. En este sitio tuvo lugar un acontecimiento que significó una división del grupo migrante. Todo parece indicar que era la voluntad del dios que sólo continuaran la ruta aquellos que reunían ciertas características. En efecto, estando frente al lago, algunos decidieron refrescarse en él. Cuando estaban disfrutando del placer del baño, el dios ordenó a quienes se habían quedado en la orilla que partieran. Así lo hicieron llevando consigo las ropas de los que retozaban en el lago. Cuando estos salieron se encontraron abandonados y desnudos. Debieron entonces vestirse con algunas ropas de mujer que los migrantes habían dejado olvidadas.

En este pasaje están presentes el lago, la isla y, acaso oculta detrás de la orden de continuar la marcha aun dejando a una parte de los migrantes, la reiteración de la promesa expresada por Huitzilopochtli que en los momentos iniciales del recorrido había dicho a uno de los sacerdotes “Ven... y dispón con cuidado...para que lleves a la mucha gente que contigo irá... los más fuertes y recios de los mexicanos... pues nos iremos a asentar e iremos a conquistar a quienes están establecidos en el universo...”⁶ Bien se ve que la deidad quería un grupo de valientes con voluntad de hierro. Acaso el baño de placer por el que se decidieron algunos de los mexicas fue considerado por su dios un signo de debilidad y por ello decidió que allí se quedaran, pues no reunían las características para participar de la realización de la promesa hecha por él al partir de Aztlan.

Otra división del grupo es aquella referida en las crónicas como el de una mujer encinta, cuya característica era la maldad. Se trata de Malinalxóchitl, hechicera y madre del llamado Copil, de quien entonces estaba embarazada. Este personaje, cuando creció, quiso vengar a su madre y entabló una lucha contra los mexicas, cuando éstos se encontraban ya en el Valle de México, en Chapultepec. Los seguidores de Huitzilopochtli lo vencieron y refiere Chimalpahin que su corazón fue sepultado por Tenoch entre los carrizos de la laguna, allí donde después estaría México. En este pasaje de la obra del cronista Chimalpahin aparece la clara referencia al signo con el que Huitzilopochtli indicaría a los mexicas el sitio donde debían fundar su ciudad, desde la cual

⁶ Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 23-24.

conquistarían a los pueblos de la tierra para que la promesa se cumpliera. He aquí las palabras con las que se expresan los pormenores del signo que de allí en adelante debían buscar los mexicas:

Y tú partirás, tú que eres Tenoch irás a ver, allí donde brotó el *tenuchтли*, al corazón de Copil; allí, sobre él, se yergue un águila que, está asiendo con sus patas, que está picoteando, a la serpiente que devora. Y aquél *tenuchтли* será ciertamente, tú, tú Tenoch; y el águila que veas, ciertamente yo. Ello será nuestra fama en tanto que exista el mundo. Nunca se perderá la fama y la honra de México Tenuchtitlan.⁷

Además de la descripción de la señal que debían buscar, cabe llamar la atención sobre la referencia a la fama y la honra de la ciudad que se debía fundar donde tal señal apareciera. Se trata ciertamente, aunque con palabras distintas, de una reiteración de la promesa original, pues honra y fama se sostenían con las guerras victoriosas y las riquezas que de ellas emanaban.

Según los relatos que nos han dejado tanto Durán como Tezozómoc,⁸ los mexicas llegaron a un valle donde estaba la montaña Coatepec. Allí su dios les ordenó represar el río que atravesaba el valle. Así lo hicieron y con ello se formó un lago en cuyo centro quedó la montaña a la manera de una isla. En ese entorno brotaron plantas acuáticas y árboles de los que caen en las orillas de los ríos y los lagos. Las aguas de la laguna se vieron pobladas de peces y otros animales y pronto recibieron la llegada de aves acuáticas. Los mexicas por supuesto se instalaron en la isla, que era, ni más ni menos, la imagen de lo que sería México Tenochtitlan.

Los mexicas se alegraron y hubo entre ellos algunos que quisieron detenerse allí definitivamente. Ante ello, la deidad fue implacable. Debían partir. Huitzilopochtli ordenó que fueran sacrificados aquellos que querían instalarse permanentemente en aquel sitio. La orden fue cumplida, murieron los disidentes, la represa se destruyó y los mexicas continuaron la migración.

El pasaje de Coatepec reitera los paradigmas de la migración: el lago, la isla y —de nuevo disimulada detrás de la orden de continuar, esta vez acompañada de violencia, pues implicaba el sacrificio de parte del pueblo— la promesa del dios de llevar a su pueblo hasta un sitio desde el cual conquistarían la tierra.

Coatepec es significativo no sólo por los acontecimientos que acabamos de referir. En el universo de los mitos mexicas ocupa un lugar

⁷ Chimalpain, *Memorial breve* ... p. 133.

⁸ Diego Durán, *Historia...*, v. I, cap. 2; Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 2 y 3.

también importante. Es el sitio donde vivía Coatlicue, la diosa madre, la tierra, que quedó embarazada cuando guardó en su seno un plumón que se había encontrado mientras barría el templo. Es el sitio donde esta diosa se vio amenazada por su hija Coyolxauhqui, la luna, y sus incontables hijos, los centzonhuiznahuaque, las estrellas, quienes querían lavar la afrenta que representaba aquel hijo que su madre llevaba en las entrañas y cuyo padre no conocían. Es, asimismo, el sitio donde Coatlicue dio a luz a una nueva deidad, Huitzilopochtli, a quien había llevado en sus entrañas desde que había guardado entre sus ropas el plumón encontrado en el templo. El hijo de la diosa nació portando un escudo guerrero y armado de un haz de dardos con que venció a quienes pretendían dañar a su madre. Fue pues el sitio de la primera aurora en la que el nuevo sol, Huitzilopochtli, que recién nacía, venció a su hermana la luna, Coyolxauhqui, y a sus hermanos las estrellas, los centzonhuiznahuaque. Éstos huyeron, mientras la hermana quedaba desmembrada yaciendo en las laderas de aquel mítico Coatepec.⁹

Después de pasar por Coatepec, llegaron, según lo refieren las crónicas,¹⁰ a un sitio cercano al gran lago en el Valle de México. Allí permanecieron un tiempo, hasta que, vencidos por los culhuacanos, fueron obligados a mudarse a un paraje llamado Tizaapan al sur del valle, en los términos del señorío de Culhuacan, que los había vencido.

En ese lugar habitaron algunos años, hasta que recibieron de Huitzilopochtli la orden de sacrificar a la hija del señor que gobernaba Culhuacan, lo cual cumplieron puntualmente. Obedecer a Huitzilopochtli significó para ellos la guerra con Culhuacan y, por supuesto, su salida de Tizaapan.

Este pasaje implica al menos dos cosas. En primer lugar la promesa de Huitzilopochtli de conducir a los mexica hasta el lugar donde fundarían su ciudad, pues es indudable que tras el sacrificio de la princesa culhuacana, vendría la guerra y con ello la obligación imperiosa de dejar Tizaapan. Por otro lado, el hecho de que los mexicas hayan vivido un cierto tiempo en tierras de Culhuacan cercanas a un lago, no deja de ser, de algún modo, una referencia a aquel Culhuacan auténtico por el que pasaron después de atravesar el lago recién salían de Aztlan.

⁹ Bernardino de Sahagún, *Historia general...*, libro 3, cap. 1.

¹⁰ Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 3, *Crónica mexicáyotl*, p. 46; Durán, *Historia de las Indias...*, v. 1, cap. III, entre otras.

La fundación

Cuando abandonaron Culhuacan, huyeron por el lago. Vagaron por él durante algún tiempo, hasta que un día Cuauhtlequetzqui y otros sacerdotes llegaron a una isla que se encontraba en el centro del mismo. Allí descubrieron una gran sabina de cuyas raíces brotaba una fuente. De pronto todo se volvió blanco: la sabina, la fuente que salía de ella, las plantas que allí crecían, los peces, las ranas y las culebras que vivían en el agua; también las juncias que en ese lugar crecían. Todo era blanco.¹¹ Supieron entonces que estaban cerca del sitio donde encontrarían la señal que les indicaría el lugar de la fundación, pues acababan de encontrar el lugar de la blancura.

Al día siguiente regresaron con el resto del grupo migrante. Llegaron hasta donde estaba la sabina. Para entonces todo lo que en aquel sitio estaba tenía sus colores naturales, excepto el agua que brotaba de la sabina, cuya corriente se había vuelto de dos colores: una parte era roja, la otra azul. Pasaron adelante y encontraron un claro en aquella espesura en el que se erguía un nopal, un tenochtli, y sobre él se encontraba un águila que devoraba una serpiente.¹² El portento había aparecido. La promesa de Huitzilopochtli comenzaba a realizarse. Los mexicas habían concluido su migración y podían disponerse a fundar su ciudad.

La fundación de México Tenochtitlan, si bien es cierto se realizó en el sitio donde apareció la señal que el dios Huitzilopochtli les había anunciado y ello la dota de una significación especial, también es cierto que se hizo en concordancia con una serie de elementos paradigmáticos que estuvieron presentes en los relatos que aludían al origen y migración de este grupo.

Cuando los mexicas salieron de Aztlan y llegaron a tierra firme pasaron por el auténtico Culhuacan. No carece de relevancia el hecho de que justo antes de internarse en el lago de México, en cuyo centro finalmente encontrarían las señales que les indicarían el sitio de la fundación de su ciudad, los migrantes hayan estado en un sitio con el mismo nombre: Culhuacan. Con ello se sugiere que estaban a punto de llegar a un sitio que era tanto como su ciudad original. Entonces

¹¹ Diego Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, cap. 4.

¹² En esto, no todas las fuentes están de acuerdo. Algunas afirman que el águila devoraba un pájaro; es el caso de Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, cap. 5. Otras fuentes sólo hablan del águila corno Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 3. Otras más, entre las que se cuenta Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 65, refieren el portento diciendo que el águila devoraba una serpiente.

habían partido de una isla, habían atravesado un lago para llegar a Culhuacan. Ahora después de pasar por Culhuacan, atravesaban el lago y llegaban de nuevo a una isla para establecerse.

El lago se presenta, con toda evidencia, como un elemento recurrente. Allí están el lago que rodeaba a Aztlan, el de Patzcuaro, el de Coatepec —donde los mexicas por órdenes de su dios construyen un lago artificial—, y finalmente el del Valle de México.

La isla no sólo es rasgo característico del lugar donde se fundó Tenochtitlan. Aztlan se encontraba situado en una isla, en Pátzcuaro había también una isla igual que aquella en que el monte Coatepec se había convertido cuando se represó el río que pasaba por las cercanías.

La blancura quedó señalada como una característica de Aztlan, según la etimología que da fray Diego Durán. Este elemento, sí bien está ausente durante los diferentes pasajes de la migración a que se ha hecho referencia, se hace evidente como señal de que el portento definitivo que indicaría el sitio de la fundación estaba ya próximo.

El portento que indicaba el término de la migración, el sitio donde Tenochtitlan debía ser fundada, no tiene antecedentes en los relatos de la migración, pero es de suyo en extremo interesante. Su valor reside en él mismo. En efecto. Varios elementos confluyen, se entrelazan en este signo y lo dotan de un incuestionable valor.

El día de la fundación el agua que salía de entre las raíces de la sabina y que formaba una fuente, misma que la víspera brotaba blanca, se había tornado roja y azul. La presencia de estos dos colores implica al menos dos cosas. En primer lugar son los colores propios del *axis mundi*, que se representaba como un *malinalli*, árbol de dos troncos que describían líneas helicoidales. Por estos troncos, que comunicaban el arriba —lo aéreo, lo masculino, lo caliente, lo rojo— y el abajo —lo terreno, lo femenino, lo frío, lo azul— circulaban las fuerzas cósmicas propias de cada una de estas dos secciones del universo. Por otro lado, son también los colores del *Atl Tlachinolli*, el agua quemada, símbolo de la guerra. Así, desde el principio, se identificó el sitio de la fundación con el centro del mundo y con la guerra.¹³

En el águila devorando a la serpiente están presentes, una vez más, las dos partes del universo a que acabamos de hacer referencia. El águila vinculada con el arriba, la serpiente con el abajo. Ello confirma que el sitio de la fundación es el lugar donde se da la unión de las dos partes del universo. Unión que es, incuestionablemente, fuente de vida.

¹³ Esta idea se sustenta en lo expuesto por Alfredo López Austin en su obra *Tlamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Incluso el mito del nacimiento al que se ha hecho referencia no debe ser soslayado. La arqueología ha mostrado su presencia en Tenochtitlan. Un monolito circular representando a Coyoxauhqui desmembrada fue encontrado en su colocación original sobre las escaleras del Templo Mayor de la urbe tenochca. Con ello queda claro que para los mexicas el centro de su ciudad estaba ocupado por una pirámide, imagen del mítico Coatepec.

El ordenamiento de la ciudad seguía el modelo del orden cósmico. Los cinco rumbos del universo tenían su parangón en Tenochtitlan. La ciudad se dividió en cuatro *campa*, Atzacualco, Cuepopan, Moyotlan y Teopan. En ellos se distribuyeron los recién llegados, con un centro ocupado por el gran recinto sagrado donde estaba el templo a Huitzilopochtli y a Tlaloc, templo dual, materialización del Omeyocan celeste.

La historia que narra los orígenes de los mexicas, así como su migración y la fundación de su ciudad, nos pone frente a la manera cómo esos hombres se pensaban a sí mismos y concebían su ciudad, a través de un devenir cargado de signos sobre cuya lectura descansaba una conciencia que podríamos llamar de pueblo elegido.

Esta conciencia era la base de un profundo compromiso con la actividad guerrera pues la explicaba y la sustentaba desde las complejas profundidades de los procesos ideológicos. Según sus habitantes, Tenochtitlan comenzó a existir señalada para llegar a ser lo que fue a lo largo del siglo XV y principios del XVI: la capital de un imponente imperio al que tributaban pueblos y provincias de toda Mesoamérica, ciudad temida, afamada y rica que era el fruto, según pensaban sus habitantes, del cumplimiento de una promesa divina.

La ciudad

Ocurrida la fundación, la deidad guardó un silencio que solamente rompió para consolar y animar en alguna ocasión a su pueblo y para anunciarle, al final, que su historia estaba próxima a concluir. Puede decirse que terminada la migración y fundada la ciudad, la historia cambió de color. Los tintes míticos desaparecieron para dar paso a un devenir distinto. Había llegado el tiempo de la historia de los hombres.

Los primeros años de vida de la ciudad transcurrieron en medio de una extrema pobreza. La isla no era propicia para la agricultura. Los mexicas debían, además, de construir un templo decoroso para su dios, darse a la tarea de construir chinampas y canales para crear tierra cultivable y producir en ella al menos lo necesario para sobrevivir. Ade-

más el sitio en el que habían fundado su ciudad se encontraba en los términos del poderoso señorío de Azcapotzalco, que inmediatamente exigió de los recién llegados el pago de tributos. Los azcapotzalcos se convirtieron entonces en señores de los mexicas, y su mercado fue el sitio en el que estos tributarios pobres realizaban sus primeros intercambios. En efecto, las crónicas concuerdan en que aun antes de sembrar, los habitantes de Tenochtitlan se vieron obligados a pescar y cazar en la laguna para intercambiar, en el mercado de Azcapotzalco, los productos así obtenidos por materiales destinados a la construcción tanto del templo, como de sus primeras chinampas.

Por otro lado, los tributos impuestos por Azcapotzalco eran onerosos, a tal grado que en más de una ocasión, apesadumbrados ante la imposibilidad de pagarlos, los mexicas escucharon todavía la voz de su dios consolándolos y dándoles la seguridad de que llegado el momento podrían satisfacer las demandas de los señores de Azcapotzalco. Y cuentan las historias que en efecto así ocurrió.¹⁴ Este episodio adquiere especial significación si se toma en cuenta la penosa circunstancia por la que atravesaban los mexicas, tan lejana de la gloria y las riquezas a las que aludía la promesa que originalmente Huitzilopochtli les había hecho. En ese mismo orden, el que esta deidad los consolara es también de tomarse en cuenta, pues era tanto como refrendar su alianza, y con ello la promesa que parecía ser puesta en tela de juicio por la situación precaria por la que su pueblo atravesaba.

También significativo entre los acontecimientos ocurridos durante esos primeros años de vida tenochca fue la muerte del caudillo mexica Tenoch y la elección del primer tlahtoani, que recayó en Acamapichtli, noble culhuacano emparentado con los tenochcas. Este hecho no estaba desvinculado de la idea que los mexicas tenían de su ciudad en tanto sitio eje de mundo, pues significaba el principio de un gobierno constituido sobre las bases del poder legítimo, cuyo origen y fundamento era aquel otro poder que residía en esencia en las deidades mismas.

Un siglo duró la penosa sujeción a Azcapotzalco, hasta que en 1428, después de una guerra en la que los mexicas lograron involucrar a no pocos señoríos del valle, lograron su independencia. Ese tiempo fue el inicio del verdadero florecimiento tenochca.

La ciudad llegó a ser, bien se sabe, la capital de un gran territorio, rica, llena de orgullo y en lo que atañe al orden urbano que la caracterizó, ejemplo de las ciudades mexicanas. Todos los testimonios coinciden en que México-Tenochtitlan fue una urbe cuya belleza era sor-

¹⁴ Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. 3.

prendente. Cortés y Bernal Díaz del Castillo,¹⁵ entre otros, dejaron para la posteridad páginas donde llenos de admiración describen la capital tenochca. Se trataba de una ciudad lacustre, esto es en concordancia con las características del medio geográfico en el que se levantaba. En ella se transitaba por calles y canales, y tenía grandes plazas y templos que sobresalían del resto de las construcciones. Las comparaciones que de ella hicieron los españoles con las principales ciudades españolas resaltan sobremanera el tamaño, el orden y la belleza de la ciudad tenochca fundada, apenas dos siglos antes, por un pueblo miserable en migración, en el sitio donde las señales le indicaban que allí era el centro del universo.

LA CONQUISTA ESPAÑOLA

Cuando la promesa de Huitzilopochtli se había cumplido y los tenochcas eran señores de buena parte del orbe mesoamericano y los tributos más ricos y variados llenaban las arcas del Estado y los nobles habían llegado a ser un grupo poderoso, colmado de honores y riqueza, comenzó el fin.

Cuentan las crónicas cómo aparecieron presagios, signos nefastos, que anunciaban el fin de aquel señorío. Los especialistas se han pronunciado desde muy distintos puntos de la naturaleza de tales señales. Algunos han opinado que se trataba de simples fenómenos naturales que coincidieron con los acontecimientos de la conquista y que fueron entonces objeto de una lectura en concordancia con la mentalidad de aquel pueblo. Otros más han dicho que se trata de simples invenciones con las que los mexicas quisieron explicarse la conquista.

Sin embargo, es indudable que esos signos tuvieron relevancia en la manera cómo los indígenas asumieron el acontecimiento de la conquista. Más allá de una posible lectura exótica de fenómenos naturales, más allá también de una posible invención, es digna de ser considerada la incuestionable necesidad del indígena de explicarse un hecho histórico de tal manera trascendente que había cambiado radicalmente su mundo y, por supuesto, su historia.

¹⁵ Hernán Cortés, "Segunda relación", *Cartas de relación*; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, cap. XCII.

La gran ciudad de Temixtitlan México

Con este apelativo, degeneración de aquél que había ostentado, aparece nombrada, en las *Cartas* de Cortés,¹⁶ la antigua capital de los mexicas. Esta nueva designación, nacida de una cierta incapacidad para reproducir los sonidos de la lengua indígena, es significativa pues indica que la ciudad había perdido, junto con su nombre original, los vínculos profundos, expresados por los términos con que se le designaba, con la historia que le daba sustento, cuya explicación era un conjunto de signos que se habían hecho evidentes a lo largo de un devenir en el que las deidades, principalmente Huitzilopochtli, habían tenido un papel protagónico. Tenochtitlan había dejado de ser el “lugar del tenochtli” sobre el que reposaba el águila devorando a la serpiente, sitio de la unión de dos ámbitos del cosmos, el arriba y el abajo, para convertirse en una ciudad con otra significación acaso más terrena.

El pueblo vencido había ostentado hasta aquel momento, a través de una carrera vertiginosa de conquistas, la fama de guerrero. Su historia lo muestra como el siempre vencedor. En todas las guerras, los mexicas habían asumido una actitud ofensiva; nunca en su historia habían visto a Tenochtitlan atacada, sitiada. La conquista española fue en ese sentido una experiencia inusitada. Es posible que esta novedad pesara en los tenochcas tanto como la presencia de los caballos y las armas de fuego, de tal manera que les resultó imposible actuar de forma adecuada. Por otro lado, las alianzas entre Cortés y otros pueblos indígenas adquirieron una gran relevancia en cuanto al desarrollo de la guerra se refiere. Estos factores, entre otros, influyeron de manera significativa en el desenlace de la conquista.

El resultado fue terrible para los mexicas. Habiéndose considerado siempre un pueblo vencedor, apoyado por Huitzilopochtli, sobre quien gravitaba la responsabilidad de alimentar, a través del sacrificio, a las deidades asegurando la permanencia del cosmos, le tocaba en turno no sólo conocer la derrota, sino ser testigo de la violenta desaparición de su realidad. En este sentido son muy elocuentes las palabras que el cronista Tezozómoc, tratando de expresar el carácter definitivo de la conquista, pone en boca de Moctezuma cuando se dirige a Tlilancalqui, después que éste regresó de entrevistarse con los españoles:

¹⁶ Temixtitlan es quizás la forma más frecuente con que Cortés en sus *Cartas de relación* designa a la capital mexica. Aparecen también en estas relaciones los de Tenuxtitan y Temexitlan, entre otras.

...los que rigieren y gobernaren por mandado de ellos (de los españoles), que no es ni de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos, y si los dioses os dieren vida os acordarais de lo que aquí os digo, y si todavía escapare yo con la vida, ya no seré rey sino tequitlato y en mí vendrán a consumir los señores, tronos y estrados que los antiguos reyes vieron y gozaron; porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo.¹⁷

Con la conquista concluyó en efecto el señorío de los tenochcas y el espíritu guerrero que los caracterizaba. El mundo no sería el mismo para los hombres que sobrevivieron al sitio y a la derrota mexicana.

LA CIUDAD NUEVAMENTE FUNDADA

La ruina en que se encontraba la ciudad después de su derrota, llevó a Cortés a sentar sus reales en Coyoacán, ciudad localizada al sur de la antigua capital de los tenochcas. Allí, en calidad de capitán general y justicia mayor, cargos que le había conferido el cabildo de Vera Cruz, Cortés procedió de nueva cuenta a la instalación de dicho órgano que debía gobernar, con él, los destinos de la nueva ciudad. Así Temixtitan México tuvo un gobierno legalmente constituido, antes de ser habitada de nueva cuenta. He aquí una prueba más del legalismo de Cortés.¹⁸

Estando en Coyoacán, el conquistador decidió, aún contra la voluntad expresa de algunos de sus hombres, establecer la capital de la provincia que él mismo ya nombraba Nueva España¹⁹ en el sitio que ocupaban los despojos de la ciudad mexicana. Las razones, él mismo las aduce diciendo "...siempre deseé que esta ciudad se reedificase, por la grandeza y maravilloso asiento de ella."²⁰ La ciudad se volvía pues a levantar dada la importancia de la antigua y también porque con la nueva se instaurara en aquel sitio, donde había florecido la idolatría, la nueva fe, el cristianismo.²¹

La antigua Tenochtitlan fue prácticamente arrasada. Desaparecieron los palacios, las casas de los nobles y los templos. Se trazó la nueva

¹⁷ Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX.

¹⁸ Guillermo Porras, *El gobierno de la ciudad de México en el siglo XVI*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1982, p. 25-29.

¹⁹ En cuanto a la imposición del nombre de Nueva España, véase Aurora Díez-Canedo, *El concepto de Nueva España en el siglo XVI*, México, UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, tesis para el Doctorado en Historia, 1998.

²⁰ Hernán Cortés, "Cuarta relación", *Cartas de relación*.

²¹ Manuel Orozco y Berra, en José María Lafragua y ...*La ciudad de México*, México, Editorial Porrúa, p. 32. (Colección Sepan cuántos...)

ciudad. El responsable de tal quehacer fue uno de los conquistadores, Alonso García Bravo,²² quien la realizó con la ayuda de otro, Bernardino Vázquez de Tapia.²³ Si existió un plano original con la traza de la nueva ciudad, es, aunque parezca inverosímil, cuestión discutida.²⁴ Lo cierto es que dicha empresa dio por resultado un orden urbano más bien propio de una ciudad de tierra adentro y de ninguna manera lacustre. Bien se ve que la experiencia particular de los conquistadores estaba alejada de los medios lacustres como aquel en el que México-Tenochtitlan se había desarrollado. Se debe, sin embargo, reconocer que el nuevo orden urbano respetaba algunas peculiaridades del anterior; tal es el caso del curso de las principales acequias. Lo cierto es que la traza venía a ser la resultante de una serie de proyectos urbanísticos realizados sólo parcialmente en las ciudades hasta entonces existentes.²⁵ Ello implicaba que la ciudad de México se erigía como la más moderna del mundo conocido y tenía una traza que recordaba a un tablero de ajedrez:

...señalaron sitios, tiraron los cordeles: La planta es cuadrada, con tal orden y concierto, que todas las calles quedaron parejas, anchas de á catorce varas, y tan iguales, que por cualquiera calle se veen los confines de ella; quedó de acequias en cuadro cercada con otras tres que atraviesan de Oriente á Poniente la Ciudad, para la comunicación del bastimento, que entre por canoas; los barrios, y arrabales de ella quedaron para la vivienda de los Indios, con callejones angostos, y huertesillos de camellones con acequias, como los tenían en su gentilidad, donde siembran flores y plantas.²⁶

La obras de reconstrucción de la ciudad recayeron en los indígenas. Fueron muchos los que en estas tareas se ocuparon. El peso de las mismas fue tan grande que Motolinía no dudó en calificar tales trabajos como una de las plagas que asolaron a los indios, preparándolos para su liberación de la esclavitud del demonio:

²² Manuel Toussaint, *Información de méritos y servicios de Alonso García Bravo alarife que trazó la ciudad de México*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Estéticas, 1956.

²³ *Relación del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*, edición de Manuel Romero de Terreros, México, Editorial Polis, 1939, p. 51.

²⁴ Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández, *Planos de la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas. Departamento del Distrito Federal, 1940, p. 22-23.

²⁵ José Antonio Rena, *Las plazas de la ciudad de México*, México, UNAM. Facultad de Filosofía y Letras, tesis de Maestría en Historia, 1998.

²⁶ Fray Agustín de Vetancourt, *Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos exemplares de la Nueva-España en el Nuevo Mundo Occidental de las Indias*, v. 2, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960, p. 186.

La séptima plaga [fue] la edificación de la gran ciudad de México, en la cual los primeros años andaba más gente que en la edificación del templo de Jerusalén en tiempo de Salomón, porque era tanta la gente que andaba en las obras, o venían con materiales o a traer tributos y mantenimientos a los españoles y para los que trabajaban en las obras, que apenas podía hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son bien anchas; y en las obras a unos tomaban las vigas, y otros caían de lo alto, sobre otros caían los edificios que deshacían en una parte para hacer en otras; e la costumbre de las obras es que los indios las hacen a su costa, buscando materiales y pagando los pedreros o canteros y los carpinteros, y si no traen que comer, ayunan. Todos los materiales traen a cuestras; las vigas y piedras grandes traen arrastrado con sogas; y como les falta el ingenio y abunda la gente, la piedra o viga que habían menester cien hombres, traíanla cuatrocientos, es su costumbre que acarreado los materiales, como van muchos, van cantando y dando [voces]; y estas voces apenas cesaban de noche ni de día, por el grande fervor con que edificaban la ciudad los primeros años...²⁷

Los indígenas, nobles y macehuales, antiguos habitantes de México Tenochtitlan, fueron confinados más allá de los límites de la traza. Como lo afirma fray Agustín de Vetancourt, vivían en arrabales formados por calles estrechas. Fueron cuatro los barrios indígenas, distribuidos según lo habían estado antiguamente los cuatro *campa* en la época prehispánica y conservando como parte de sus nombres los términos nahuas con los que en otro tiempo se les había designado: al Noreste, San Sebastián Atzacualco; al Noroeste, Santa María Cuepopan; al Sudoeste, San Juan Moyotlan y al Sureste, San Pablo Teopan.²⁸

Los significados de la nueva urbe

La antigua ciudad había desaparecido y con ella la profunda significación que la explicaba como eje del mundo, lugar del encuentro del arriba y el abajo, incluso ordenada en el plano horizontal en cinco secciones como lo estaba el mundo que tenía cinco rumbos cósmicos. Existen indicios según los cuales la nueva ciudad fue objeto de un in-

²⁷ Fray Toribio de Benavente o Motolinía, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, edición de Edmundo O'Gorman, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1971, p. 27.

²⁸ Roberto Moreno establece algunos elementos que relacionan a los antiguos barrios prehispánicos, según sus atributos, con los apelativos cristianos de los que los dotaron los conquistadores. Roberto Moreno de los Arcos, "Los territorios parroquiales de la Ciudad Arzobispal 1325-1981" *Gaceta del Arzobispado de México*, v. XXII, septiembre-octubre de 1982, núms. 9-10, p. 151-173.

tento de dotarla de una significación que iba más allá de la estrictamente terrena y que amalgamaba elementos rescatados de la antigua cosmovisión con otros de origen genuinamente occidental.²⁹

Fray Pedro de Gante comparaba México con Roma, queriendo con ello ilustrar la cristiandad de la nueva urbe:

Yo por la misericordia ha de Dios y para honra y gloria suya, en esta provincia de México donde moro, que es otra Roma, con mi industria y el favor divino he construido más de cien casas consagradas al Señor entre iglesias y capillas, algunas de las cuales son templos tan magníficos como propios para el culto divino.³⁰

La intención de dar a comprender la importancia de la obra evangelizadora realizada por los frailes, sobre todo los de la Orden de San Francisco, puede muy bien explicar esta comparación. Roma, en el orbe cristiano era modelo a seguir, pues se le consideraba como el centro espiritual. Era asimismo núcleo reconocido de la cultura de Occidente.

Todo peregrino que llegaba a Roma visitaba “las siete iglesias” que eran cuatro basílicas mayores, San Juan de Letrán, San Pedro Vaticano, Santa María la Mayor y San Pablo Extramuros, y otras tres llamadas las menores, Santa Cruz de Jerusalén, San Sebastián y San Lorenzo.

Moyotlan tomó el nombre cristiano de San Juan, incluso se le llamó de Letrán como la basílica, cuya advocación vale tanto para Juan Evangelista, como para Juan el Bautista. Esta basílica fue la primera que hubo en la Roma que comenzaba a ser cristiana. El barrio prehispánico de Moyotla correspondía al sur y estaba relacionado con el color azul, con Huitzilopochtli y con la vida. La vida y el bautismo constituyen un binomio en la simbología cristiana. La basílica romana vinculada, por un lado, históricamente con un proceso de cristalización y por otro, dada su advocación tanto con el bautismo, con la vida, por Juan el Bautista, como con el anuncio de la buena nueva, por el evangelista Juan, correspondía simbólicamente a lo que era el barrio de San Juan comunidad en proceso de cristianizarse situada en el rumbo de la vida.

²⁹ La propuesta que se expone en las páginas que siguen constituye la idea central de una ponencia presentada en el XIV Coloquio Internacional de Historia del Arte, en Veracruz, Ver: Juana Gutiérrez Haces y José Rubén Romero Galván, “A imagen y semejanza. La Roma del Nuevo Mundo”, *Encuentros y desencuentros. XIV Coloquio internacional de Historia del Arte*, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1994, p. 163-174.

³⁰ Fray Pedro de Gante, Primera carta a los padres y hermanos de la provincia de Flandes, 27 de junio de 1529, en Ernesto de la Torre Villar, “Fray Pedro de Gante maestro y civilizador de América”, *Estudios de Historia Novohispana*, v. V, México, UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, p. 53.

Al barrio de Teopan se le llamó San Pablo. A esta parcialidad en tiempos prehispánicos se le vinculaba con el oriente, el rumbo del color rojo, de la masculinidad, cuyo signo era la caña. Entre las basílicas romanas existía la de San Pablo Extramuros. La advocación de ésta tiene que ver también con el de proceso de cristianización. Recuérdese que a san Pablo se le conoce como el apóstol de los gentiles, pues predicó entre los no judíos, invitándolos a convertirse al cristianismo, entonces considerado por muchos como una religión que sólo podían abrazar los circuncisos, los judíos. Por otro lado, Pablo puede ser considerado como un apóstol eminentemente viril, pues su conversión ocurrió cuando se dirigía a Tarso a perseguir con las armas en la mano a los cristianos. Incluso la iconografía que alude a su conversión, muchas veces lo muestra vestido como militar romano. La virilidad de Pablo, su papel en la cristianización de los pueblos no judíos, incluso la espada con la que se le representa, que como imagen puede relacionarse con una caña, son elementos que dan la pauta para establecer su relación con el barrio de Teopan, el del oriente, el del color rojo, la caña y la virilidad.

Vinculado con el norte existía el barrio de Atzacualco. Este rumbo cósmico era el del color negro, el pedernal y la muerte. Cuando terminó la conquista este barrio fue llamado de San Sebastián. Con dicha advocación se había erigido una de las basílicas de Roma en el sitio de un antiguo cementerio, donde los primitivos cristianos, incluso antes de los tiempos de Constantino, tenían por costumbre reunirse para celebrar banquetes en honor a sus difuntos. Se sabe también que allí reposaron por algún tiempo los reliquias de san Pedro y san Pablo. Es evidente la relación inmediata que podía establecerse entre la antigua basílica romana y el barrio tenochca. En ambos, el vínculo con la muerte está presente.

Hacia el poniente se encontraba el barrio de Cuepopan relacionado con el color blanco y lo femenino, que recibió el nombre cristiano de Santa María la Redonda. En Roma así era llamada la iglesia que ocupaba el edificio del antiguo Panteón de Agripa, la primera construcción pagana que fue convertida en templo para honrar al Dios de la nueva fe. Una vez más está presente una alusión al proceso de conversión, pues se trata de un antiguo lugar pagano que se vuelve, se convierte, en lugar consagrado para el culto cristiano. Por otro lado, la advocación a María es significativa, pues la madre de Cristo es figura femenina por excelencia, en la fe, la primera entre los apóstoles que debían predicar el evangelio. Los elementos de feminidad, conversión y evangelización en concordia, por un lado, con las características del rumbo del oriente y, por otro, con el proceso de evangelización que los indígenas vivían en ese momento.

Pero la ciudad de México en el siglo XVI no estaba constituida sólo por los barrios indígenas. Existía la ciudad española, aquella que se encontraba dentro de la urbana. Cabe preguntarse si para esa parte de la ciudad podía haber algún referente en la Roma cristiana de la época. Dentro de la traza española se encontraba la catedral, sede episcopal. El obispo representaba la Iglesia como institución siempre en torno a la figura del pontífice, sucesor de san Pedro. Luego el lugar de su sede, bien puede, en este esquema, estar relacionado como la basílica romana de San Pedro del Vaticano, desde donde quien ocupa la cátedra de san Pedro gobierna a la cristiandad.

Si concedemos que la nomenclatura de los bandos de la ciudad no fue impuesta al azar sino, como en efecto parece, vinculada con profundos significados cuya fuente original es Roma, “única patria de las gentes en todo el mundo”, según palabras de Plinio,³¹ estaremos frente a una relectura de los espacios según la cual se propone una reasignación fundada en una idea de ciudad cuyo modelo es Roma, la urbe cristiana por antonomasia.

CONCLUSIONES

La antigua capital indígena, se ha visto, era un centro de poder cuya fuerza se explicaba ideológicamente a través de una serie de signos profundamente significativos. Habiendo existido antes de ser fundada, se ostentaba como el eje del mundo por el que las fuerzas divinas establecían un flujo, el que produce la vida, entre los ámbitos superior e inferior del universo. Después de la conquista, rota para siempre la estructura en la que religión y cosmos se explicaban mutuamente, quedó violentamente destruido este sustento ideológico. La ciudad transitó entonces de ese plano de la realidad en que se encontraba dada esa carga cósmica hacia un nivel cien por ciento humano.

Ciertamente existen serios indicios de una posible relectura espacial que, desde parámetros cristianos, quería dotar de una significación, vinculada esta vez con Roma, a la nueva ciudad. Si bien es sorprendente el hecho de que para ello se tomaron en cuenta elementos cuyo origen se encontraba en la antigua cosmovisión y que resulte, por ello, que esta nueva relectura tuviera un cierto grado de sincretismo, debe tenerse muy en cuenta que el modelo que rige tal relectura es

³¹ Cayo Plinio Segundo, *Historia natural*, trasladada y anotada por el Dr. Francisco Hernández, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, v. V, libro 3, cap. V, p. 161.

Roma, capital del mundo cristiano, y por lo tanto ajena al ser de la antigua cosmovisión. Quedó visto asimismo que esta relectura del espacio en la ciudad novohispana no llegó a tener la fuerza que como elemento ideológico tuvo la antigua ciudad tenochca, por lo que se nos ofrece sólo como un momento en el devenir de la capital del naciente reino de la Nueva España.

Es un hecho que el mundo había cambiado para los indígenas tenochcas que vivieron la conquista. Sin duda el mundo prehispánico como realidad estructurada había conocido su fin. Por ello, el último tlahtoani mexica había hablado con verdad cuando, según el cronista Tezozómoc, dijo: “porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo”.